

noció por Mesías el Santo viejo Simeon, sino tambien una Santa viuda llamada Ana, á la cual San Lúcas da este elogio: *Esta muger fué de la tribu de Aser, hija de Fanuel, despues de haber pasado siete años solamente con su marido, con quien se habia casado siendo muy jóven, se mantuvo viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años; su virtud era tal, que estaba continuamente en el templo y servia á Dios noche y dia en los ejercicios del ayuno y la oracion: llegó á tanto su piedad, que mereció recibir de Dios el don de profecía, y á todos los que esperaban la redencion de Israel, les hablaba de Jesucristo.* Ved, pues, aquí una viuda que aun ántes de San Pablo vivió como quiere este Santo Apóstol: Pedid á Dios su gracia, y sin duda la imitareis.

Y bien, ¿no podrán volverse á casar las viudas? Sí, sin duda; pues ni á viudos ni á viudas están prohibidas no solo segundas nupcias; pero ni terceras ni cuartas. ¿Cómo podriamos nosotros, dice San Agustin, prohibirlas, autorizándolas San Pablo? Así es efectivamente; pues escribiendo á los corintios, les permite casarse despues de la muerte de uno de los dos esposos, sin expresar si solo por segunda vez, ó por tercera ó por cuarta. Es verdad que algunas iglesias no han aprobado tanta reiteracion de matrimonios, como en la Griega, que están prohibidas las cuartas nupcias; mas la Iglesia Latina no ha usado de tanto rigor. Ella sí desea que los que están viudos tuviesen bastante virtud para vivir en la continencia el resto de sus dias; mas como no todos pueden hacerlo, permiten que se casen todas las veces que lo consideren necesario; y aun hay ocasiones en que es bueno aconsejárselos. Sobre todo, cuando son jóvenes, que no tienen valor y firmeza suficiente para guardar continencia. *Quiero, pues, que las que sean jóvenes se casen, crien hijos, y gobiernen la casa, y que no den ocasion al adversario para que hable mal.*

Si les es permitido, y á aun á veces les es necesario, el casarse de nuevo, ¿qué deberán hacer? Practicarlo. Lo que deben observar las viudas que quieren volverse á casar, es no pasar á segundas nupcias, sino despues de una madura deliberacion, despues de haberlo consultado con Dios para saber si es su voluntad el que muden de estado: *Cásese con quien quiera; pero sea en el Señor,* dice el repetido Apóstol. Deben reflexionar que si tienen hijos del primer matrimonio, están indispensablemente obligadas, y lo mismo los viudos, á conservarles sus derechos; pues ya que se

exponen casándose á no hacerles bien, al menos no les hagan mal, no les quiten lo que ellos tienen. Por esta razon, aunque no hay ninguna ley en la Iglesia Latina, que quite á las viudas la libertad de casarse durante el año del luto, con todo, se les debe advertir no les es nada honroso el pasar á segundas nupcias inmediatamente despues de la muerte de su marido: pues es de temer, ó que den un supuesto heredero al segundo marido, ó que priven al hijo póstumo del derecho á la herencia de su difunto padre: tanto, que basta la duda para esperar pase el tiempo necesario; pues de lo contrario se expone á hacer daño al prójimo, y por consiguiente á pecar contra la ley natural. Viudas! manteneos en ese estado, que despues de la virginidad es el mejor; y si no podeis, observad lo que se os ha dicho, y casaos; pero os repetiré lo que os dijo el Apóstol: *que sea en el Señor.*

DIA VEINTE Y CINCO.

La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

El año cinco mil noventa y nueve de la creacion del mundo, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra; desde el diluvio dos mil novecientos cincuenta y siete; del nacimiento de Abraham dos mil y quince; de Moises y de la salida del pueblo de Israel de Egipto, mil quinientos y diez; desde que David fué ungido rey, mil y treinta y dos; cumpliéndose las setenta y cinco semanas, segun la profecía de Daniel; en la Olimpiada ciento noventa y cuatro, el año setecientos cincuenta y dos de la fundacion de Roma; el año cuarenta y dos del reinado de Octaviano Augusto; estando en paz todo el orbe; en la sexta edad del mundo, Jesucristo, Dios eterno é Hijo del Eterno Padre, queriendo consagrar al mundo con su muy piadosa venida, concebido del Espíritu Santo, y pasados nueve meses despues de su concepcion, en Belén de Judá nace de la Virgen María, hecho hombre. De este modo anuncia la Iglesia á todos los fieles en el Martirologio (vulgarmente la Kalenda) el dia célebre del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo segun la carne: dia deseado por tantos siglos, esperado con la mayor constancia, y pedido con sumo ardor por todos los patriarcas y profetas, por los justos todos de la antigua ley, y por cuantos esperaban con

firme fé la redencion de Israel; este es el nacimiento dichoso cuya historia vamos á compendiar.

Hallábase el imperio de Roma en el mas alto grado de poder, á que ninguna nacion ha llegado, por un efecto visible de la Providencia, que reuniendo la mayor parte de los pueblos, bajo un solo señor, facilitaba la propagacion del Evangelio; y las puertas del templo de Jano, fabulosa deidad de la guerra, estaban á la sazón cerradas, como una señal cierta de que reinaba la paz en todo el universo: cuando César Augusto, con el fin de reconocer las fuerzas y riquezas de cada provincia, publicó un edicto en que ordenaba á todos los vasallos del imperio, fuesen á empadronarse á ciertos lugares, segun sus provincias, ciudades y familias.

Publio Sulpicio Quirino, fué enviado con un poder extraordinario á formar el censo de aquella parte de la Siria que comprendia la Judea; padron, que segun S. Lucas, fué el primero que se hizo en el pais por los romanos: medida política de que se valió la Providencia para mostrar al universo que Jesucristo era de la casa de David y de la tribu de Judá. Belén, ciudad pequeña de esta tribu, á siete millas de Jerusalén, llamada la ciudad de David, fué señalada expresamente para el empadronamiento de los que pertenecian á la familia de este príncipe; y tal fué el motivo porque José tuvo que partir con María de la ciudad de Nazaret en que residian, al lugar designado, sin que lo avanzado de la preñez de su esposa le pareciese excusa suficiente para no obedecer á las disposiciones de la Providencia, ni al edicto del emperador.

Después de un viage dilatado y penoso, llegaron los purísimos consortes á Belén; pero no pudieron proporcionarse hospedage, ni en el meson, por la mucha gente de que estaba lleno; ni en las casas particulares, porque la suma pobreza de José lo hacia despreciable para todos. Viéronse por lo tanto precisados á alojarse en una cueva formada en una roca, que servia de establo sin duda para los que se hospedaban en el meson, y donde se hallaban un buey y una mula, segun la tradicion comun.

En este lugar fué, donde llegando la hora del parto, dió á luz la dichosísima María á su divino Hijo, sin el menor detrimento de su perpétua virginidad, y libre en consecuencia de las penalidades naturales de este acto; y aquí fué donde el Omnipotente, presentándose en carne mortal, bajo la forma de un tierno niño, fué envuelto en humildes pañales, recostado en un pesebre, y co-

locado entre dos animales que lo calentaban con su aliento.

Los ojos carnales nada habrian descubierto en este nacimiento, sino la abyeccion y pobreza; mas á la vista espiritual y animada de la fé ¡cuán diverso era aquel objeto! Así es, que no es fácil manifestar la alegría, el reconocimiento, el amor y la devoción, con que aquella Madre divina y aquel casto varón su esposo, adorarian al Criador de todas las cosas, hecho carne mortal por los hombres, y reducido, por su infinita misericordia, á la forma de un débil y tierno niño, sujeto á padecer todas las inclemencias de la estación. ¿Y qué podrémos decir de los innumerables coros angélicos, que bajando del cielo adoraban en aquella situación abatida á su Dios, y celebraban su gloria con himnos y alabanzas?

También quiso Dios que su Hijo, aunque nacido en el secreto y en la humillación mas profunda, fuese conocido de los hombres, y recibiese las primicias de sus homenajes, al parecer en medio de ellos; y al efecto, dispuso que á unos humildes y sencillos pastores, que durante la noche se ocupaban en guardar sus rebaños, se les apareciese un ángel á anunciarles aquella feliz nueva. Viéronse de repente esos hombres dichosos cercados de una luz divina, y se llenaron de miedo: mas el celeste mensajero les dijo: *Nada temáis, pues vengo á anunciaros un gran gozo: hoy ha nacido vuestro Salvador, el Mesías prometido, y el Señor que debe reinar sobre vosotros, y libraros de vuestros enemigos. La señal que doy para que lo reconozcais, es esta: hallareis al Niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre:* y reuniéndose al mismo tiempo al ángel una multitud de otros celestiales espíritus, desaparecieron todos de su vista, cantando llenos de alegría: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Los pastores, llenos de asombro y de curiosidad santa, se decian mutuamente con interés: *Pasemos á Belén, y véamos esto que el Señor nos ha manifestado.* Fueron, pues, presurosos, y encontraron á María y á José, con el niño recostado en un pesebre, segun las señas que el ángel les habia dado. Después de haber rendido sus piadosos homenajes al Mesías, como al Rey de los hombres, se volvieron glorificando y alabando á Dios; y como publicasen por todas partes lo que habian visto y oido, todos quedaban admirados de las cosas que se les referian.

Al anunciar el ángel el nacimiento de Jesus, añadió: *que seria*

el motivo de un grande gozo para todo el pueblo. ¿Y quién dudará de esta verdad? Si el pensamiento solo de este gran misterio consolaba á Adán en su destierro, y la promesa hecha de él al patriarca Abraham, suavizaba las penas de su laboriosa peregrinacion; si esta misma oferta hacia superior á Jacob á la adversidad, y sostenia á Moisés en los trabajos que sufrió para librar á los israelitas de la servidumbre de Egipto; si los profetas viendo solamente en espíritu este misterio, saltaron de regocijo; si su única esperanza trasportaba á los patriarcas, y su verificativo era el objeto continuo de los suspiros, de las lágrimas y de las oraciones de los justos de la antigua ley, ¿cuál deberá ser la alegría de todo el universo, al ver ya realizado este felicísimo nacimiento, al poseer ya este incomparable bien, que á aquellos les fué únicamente prometido, y tan solo pudieron ver de lejos?

Nada es en efecto mas natural, que el regocijo que debe ocuparnos en este dia, al ver nacido al Salvador, que viene á borrar los pecados del mundo; y apenas podrá hallarse un objeto mas digno de nuestra alegría, que la contemplacion de este misterio incomprendible, en que el Señor nos manifiesta su amor infinito, encerrando su inmensidad en el cuerpecito de un niño, y ocultando su omnipotencia bajo el velo de la debilidad. Debemos alegrarnos, no hay duda, como se regocijarían los justos del Antiguo testamento, si gozasen como nosotros de la realizacion de este portentoso. ¿Pero nuestro gozo es como seria el de aquellos hombres llenos de fé y de caridad? ¡Ah! “Me sucede muchas veces, decía S. Bernardo con este motivo, pensar en los santos ardores que hacian suspirar á los patriarcas por la venida del Mesías, y sentirme lleno de confusion., y penetrado de dolor, apenas puedo contener mis lágrimas, de la vergüenza que me causa la tibieza é indiferencia de estos desgraciados tiempos. Porque, ¿quién de entre nosotros siente tanta alegría con la presencia de esta gracia, como los santos de la antigua ley concibieron deseos con sola la promesa de ella? Muchos, á la verdad, se regocijarán en esta fiesta; mas temo que sea menos por la fiesta que por la vanidad.” Alegrémonos, católicos; pero sea en el Señor, es decir, con ejercicios de piedad. Acerquémonos con los pastores al pesebre, y alumbrados por la luz de la fé, adoremos al Dios infinito, oculto bajo los velos de la infancia, abrasados de una caridad ardiente, ofrezcámosle nuestros corazones, y móvidos del celo de la gloria de Dios, cantemos con fervor sus inmensas misericordias.

De tiempo inmemorial celebran los papas tres misas en este dia; la primera en la iglesia de Santa María la Mayor, donde se conserva el pesebre en que fué colocado Jesucristo; la segunda en el templo de Santa Anastasia; y la tercera en el Vaticano. Esta práctica, imitada despues por todos los sacerdotes, tiene por objeto honrar el triple nacimiento del Salvador, esto es, aquel por el que procede de su Padre desde la eternidad; el que tuvo en tiempo de la siempre Virgen María; y el que le hace nacer espiritualmente en nuestras almas por la caridad y la fé.

PRIMERA MISA A LA MEDIA NOCHE.

La Epístola es del capítulo II del Apóstol San Pablo á Tito.

Carísimo: Aparecido ha á todos los hombres la gracia de Dios, Salvador nuestro, enseñándonos que renunciando á la impiedad y á las pasiones mundanas, vivamos sóbria, justa y religiosamente en este siglo, ayudando la bienaventuranza esperada, y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, el cual se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado, purificar-nos, y hacer de nosotros un pueblo particularmente consagrado á su servicio, y fervoroso en el bien obrar. Esto es lo que has de enseñar y exortar en Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo II de San Lucas.

En aquel tiempo se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Cirino, gobernador de Siria, y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su estirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belén en Judea, para empadronarse con María su esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándose allí le llegó la hora del parto, y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre; porque no hubo lugar para ellos en el meson. Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de noche sobre su grey. Cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto á ellos, y cercóles con su resplandor una luz divina; lo cual les llenó de sumo temor: Dijoles entonces el ángel: No temais, pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador,

que es el Cristo Señor; y sirvaos de seña que hallareis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios y diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

SECUNDA MISA.

La Epístola es del capítulo III del Apóstol San Pablo á Tito.

Carísimo: aparecido ha la benignidad y humanidad de Dios Salvador nuestro: no por las obras justas que nosotros habiamos hecho, sino segun su misericordia nos hizo salvos por el lavatorio de la regeneracion y renovacion del Espíritu Santo, el cual derramó abundantemente en nosotros por Jesucristo nuestro Salvador; para que justificados por su gracia, seamos herederos segun la esperanza de la eterna vida, en Cristo Jesus Señor nuestro.

El Evangelio es del capítulo II de San Lucas.

En aquel tiempo los pastores se decían unos á otros: Vamos hasta Belén, y veamos este prodigio que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, á toda prisa, y hallaron á María y á José, y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole, se certificaron de cuanto se les habia dicho de este Niño. Y todos los que supieron el suceso, se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habian contado. María, empero, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazon. Y los pastores se volvieron dando gloria y alabanza á Dios por todas las cosas que habian oido y visto, segun se les habia dicho.

TERCERA MISA.

La Epístola es del capítulo I de la primera del Apóstol San Pablo á los hebreos.

Dios, que en otro tiempo hablaba á nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado en estos últimos tiempos por medio de su Hijo, á quien constituyó heredero universal de todas las cosas, y por el cual hizo los siglos. Y siendo, como es, resplandor de su gloria, y vivo retrato de su sustancia, y sustentándolo todo con su poderosa palabra;

despues de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado á la diestra de la Magestad en lo mas alto de los cielos: hecho tanto mas excelente que los ángeles, cuanto es mas aventajado el nombre que recibió por herencia. Porque ¿á cuál de los ángeles dijo jamás: Hijo mio eres tú. Yo te he engendrado hoy; y en otra parte: Yo seré padre suyo, y él será hijo mio? Y otra vez, al introducir á su primogénito en el mundo dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. En órden á los ángeles dice tambien la Escritura: El que á sus ángeles los hace espíritus, y á sus ministros como la ardiente llama. Pero á su Hijo dice: Tú trono, ó Dios, subsistirá por los siglos de los siglos: vara es de rectitud la vara de tu gobierno. Amaste la justicia, y aborreciste la iniquidad: por eso te ungió Dios, el Dios tuyo, con oleo de júbilo, mucho mas que á tus compañeros. Y en otro lugar: Tú eres, ó Señor, el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos: ellos perecerán, mas tú permanecerás: ellos se envejecerán como se envejece la ropa, y como un manto los mudará, y quedarán mudados; mas tú eres siempre uno mismo, y tus años nunca se acabarán.

El Evangelio es del capítulo I de San Juan.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, á fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbraba á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por él; mas el mundo no le conoció. Vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron. Pero á todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios: los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros; y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debia recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad.